

HISTORIA VERDADERA  
DE LA CONQUISTA DE  
LA NUEVA ESPAÑA

DEDALUS - Acervo - FFLCH-HI

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.

972  
D542h  
v.1  
e.2



21200018008



mentos, con el navío, como dicho tengo, no tenía Cortés en él con-  
tradictor, sino en Juan Velázquez de León; luego que le habló  
le atrajo a su mandado, y especialmente que Juan Velázquez no  
estaba bien con el pariente, porque no le había dado buenos indios.  
Pues a todos los más que había escrito Diego Velázquez, ninguno  
le acudía a su propósito, antes todos a una se mostraron por Cor-  
tés, y el teniente Pedro Barba muy mejor, y demás de eso, los Al-  
varados, y Alonso Hernández Puerto Carrero, y Francisco de Mon-  
tejo, y Cristóbal de Olid, y Juan de Escalante, y Andrés de Mon-  
jaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pu-  
siéramos la vida por Cortés. Por manera que si en la villa de la  
Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron  
entonces, y con el mismo Garnica escribió el teniente Pedro Barba  
a Diego Velázquez que no osó prender a Cortés porque estaba muy  
pujante de soldados, y que hubo temor no metiesen a sacomano la  
villa y la robasen, y embarcarse todos los vecinos y se los llevase  
consigo, y que, a lo que ha entendido, que Cortés era su servidor,  
y que no se atrevió hacer otra cosa. Y Cortés le escribió a Veláz-  
quez con palabras tan buenas y de ofrecimientos, que lo sabía muy  
bien decir, y que otro día se haría a la vela y que le sería ser-  
vidor.

## CAPITULO XXV

CÓMO CORTÉS SE HIZO A LA VELA CON TODA SU COMPAÑÍA DE  
CABALLEROS Y SOLDADOS PARA LA ISLA DE COZUMEL, Y LO QUE  
ALLÍ LE AVINO

No hicimos alarde hasta la isla de Cozumel, más de mandar  
Cortés que los caballos se embarcasen, y mandó a Pedro de Alva-  
rado que fuese por la banda del norte en un buen navío que se  
decía *San Sebastián*, y mandó al piloto que llevaba en el navío  
que le aguardase en la punta de San Antón, para que allí se jun-  
tase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel; y  
envió mensajero a Diego de Ordaz, que había ido por el basimen-  
to, que aguardase, que hiciese lo mismo, porque estaba en la ban-  
da del norte. Y en diez días del mes de febrero año de mill quinien-  
tos diez y nueve años, después de haber oído misa, hicimos a la

vela con nueve navíos por la banda del sur, con la copia de los ca-  
balleros y soldados que dicho tengo, y con los dos navíos por la  
banda del norte; que fueron once, con el que fué Pedro de Alva-  
rado con sesenta soldados. Y yo fuí en su compañía, y el piloto que  
llevábamos, que se decía Camacho, no tuvo cuenta de lo que le  
fué mandado por Cortés, y siguió su derrota. Y llegamos dos días  
primero que Cortés a Cozumel, y surgimos en el puerto ya por mí  
otras veces dicho cuando lo de Grijalva. Y Cortés aún no había  
llegado, con su flota, por causa que un navío, en que venía por  
capitán Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el góbernal; y  
y fué socorrido con otro góbernal de los navíos que venían con  
Cortés,<sup>17</sup> y vinieron todos en conserva. Volvamos a Pedro de Al-  
varado: que así como llegamos al puerto, saltamos en tierra en el  
pueblo de Cozumel, con todos los soldados; y no hallamos indios  
ningunos, que se habían ido huyendo; y mandó que luego fuése-  
mos a otro pueblo que estaba de allí una legua, y también se amon-  
taron y huyeron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda y  
dejaron gallinas y otras cosas. Y de las gallinas mandó Pedro de  
Alvarado que tomasen hasta cuarenta de ellas. Y también en una  
casa de adoratorios de ídolos tenían unos paramentos de mantas  
viejas y unas arguillas donde estaban unas como diademas, e ído-  
los, y cuentas e pinjantillos de oro bajo; y también se les tomó dos  
indios y una india. Y volvímonos al pueblo donde desembarcamos.

Y estando en esto, llega Cortés con todos los navíos, y después  
de aposentado, la primera cosa que hizo fué mandar echar preso  
en grillos al piloto Camacho, porque no aguardó en la mar como  
le fué mandado. Y después que vió el pueblo sin gente y supo cómo  
Pedro de Alvarado había ido al otro pueblo, y que les había to-  
mado gallinas y paramentos y otras cosas de poco valor de los  
ídolos, y el oro medio cobre, mostró tener mucho enojo de ello, y  
de cómo no aguardó el piloto. Y reprehendióle gravemente a Pedro  
de Alvarado, y le dijo que no se habían de apaciguar las tierras de  
aquella manera, tomando a los naturales su hacienda. Y luego man-  
dó traer los dos indios y la india que habíamos tomado, y con el  
indio Melchorejo, que llevamos de la punta de Cotoche, que enten-  
día bien aquella lengua, les habló, porque Julianillo, su compañero,  
ya por mí memorado, ya se había muerto: que fuesen a llamar los  
caciques e indios de aquel pueblo, y que no hubiesen miedo. Y  
les mandó volver el oro, y paramentos y todo lo demás, y por las  
gallinas, que ya se habían comido, les mandó dar cuentas y casca-

<sup>17</sup> Faltado en el original: "y volvieron por la mar en busca del góbernal, y lo hallaron y lo pusieron en su lugar, con que luego navegó la nao".

beles; y más dió a cada indio una camisa de Castilla. Por manera que fueron a llamar al señor de aquel pueblo; y otro día vino el cacique con toda su gente, hijos y mujeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado, y mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y Nuestro Señor le daba gracia, que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán.

## CAPITULO XXVI

CÓMO CORTÉS MANDÓ HACER ALARDE DE TODO EL EJÉRCITO, Y DE LO QUE MÁS NOS AVINO

De ahí a tres días que estábamos en Cozumel, mandó hacer alarde para saber qué tantos soldados llevaba, y halló por su cuenta que éramos quinientos ocho, sin maestros y pilotos y marineros, que serían ciento; y diez y seis caballos y yeguas: las yeguas todas eran de juego y de carrera; y once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantín, que traía a cargo un Ginés Nortés; eran treinta y dos ballesteros, y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, y 18 tiros de bronce, y cuatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas; y esto de esta cuenta de los ballesteros no se me acuerda muy bien, no hace al caso de la relación.<sup>18</sup> Y hecho el alarde, mandó a Mesa, el artillero, que así se llamaba, y a un Bartolomé de Usagre, y Arbenga, y un catalán, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio y aderezado, y los tiros y pelotas y pólvora muy a punto, y puso por capitán de la artillería a un Francisco de Orozco, que había sido soldado en Italia. Asimismo, mandó a dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decían Juan Benítez y Pedro de Guzmán, el ballesterero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen a dos y a tres nueces y otras tantas cuerdas y avanderdas, y que siempre tuviesen cargo de hacer almácén y tuviesen cepillo e inguijuela y ti-

<sup>18</sup> Tachado en el original: diez.

<sup>19</sup> Asienta Gomara que Cortés pasó revista antes de abandonar la isla de Cuba. *Historia de la Conquista de México*, México, 1943. T. I, pág. 61.

rasen a terrore; y que los caballos estuviesen muy a punto. No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercebimiento de armas, y de lo demás, porque Cortés verdaderamente tenía gran vigilancia en todo.

## CAPITULO XXVII

CÓMO CORTÉS SUPO DE DOS ESPAÑOLES QUE ESTABAN EN PODER DE INDIOS EN LA PUNTA DE COTOCHF, Y LO QUE SOBRE ELLO SE HIZO

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos, y nos preguntó qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían: *Castilan, castilan*, según lo he dicho en el capítulo [III] que de ello trata; y nosotros se lo tomamos a contar según y de la manera que lo hablamos visto y oído. Y dijo que ha pensado muchas veces en ello, y que por ventura estarían algunos españoles en aquella tierra, y dijo: "Páreceme que será bien preguntar a estos caciques de Cozumel si saben alguna nueva de ellos"; y con Melchorejo, el de la punta de Cotoche, que entendía ya poca cosa de la lengua de Castilla y sabía muy bien la de Cozumel, se lo preguntó a todos los principales, y todos a una dijeron que habían conocido ciertos españoles, y daban señas de ellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban y los tenían por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel había indios mercaderes que les hablaron pocos días había.<sup>20</sup> De lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas. Y díjoles Cortés que luego los fuesen a llamar con cartas, que en su lengua llaman *amales*: y dió a los caciques y a los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo que cuando volviessen les daría más cuentas. Y el cacique dijo a Cortés que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenían por esclavos, porque los dejasen venir, y así se hizo, que se les dió a los mensajeros de todo género de cuentas. Y luego mandó apercebir dos navíos, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantín, y con

<sup>20</sup> En las Instrucciones que dió Velázquez a Cortés le encargaba ya buscar a esos españoles. Fernández de Oviedo. *Ob. cit.* T. I, pág. 539.

veinte ballesteros y escopeteros, y por capitán de ellos a Diego de Ordaz, y mandó que estuviere en la costa de la punta de Cotoche aguardando ocho días con el navío mayor, y entretanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volvíesen a dar la respuesta a Cortés de lo que hacían, porque está aquella tierra de la punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra. Y escrita la carta, decía en ella: "Señores y hermanos: Aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envió un navío con soldados, si los hubiédeses menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar; veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y apovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchan."

Y luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfe y echaron en tierra a los mensajeros con las cartas y rescates; y en dos días les dieron a un español que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré, y después que las hubo leído y recibido el rescate de las cuentas que le enviarnos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo el cacique para que le diese licencia, la cual luego se la dió [para] que se fuese adonde quisiese. Y caminó Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo, cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas, Gonzalo Guerrero le respondió: "Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envíen de mi tierra." Y asimismo la india mujer del Gonzalo habló a Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: "Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; idos vos y no curéis de más pláticas." Y Aguilar tornó a hablar a Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir; y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Pa-

los. Y de que Jerónimo de Aguilar vió que no quería venir se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y después que llegó no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días y aun uno más, que llevó de plazo el Ordaz para que aguardase; porque desde que Aguilar no venía, se volvió a Cozumel sin llevar recaudo a lo que había venido. Y desde que Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste y se volvió a su amo, al pueblo donde antes solía vivir. Y dejaré esto y diré [que] cuando Cortés vió volver a Ordaz sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado y dijo con palabras soberbias a Ordaz que había creído que otro mejor recaudo trajera que no venirse así, sin los españoles ni nuevas de ellos, porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció que unos marineros que se decían los Peñates, naturales de Gibraltar, habían hurtado a un soldado que se decía Berrio ciertos tocinos y no se los querían dar, y quejose Berrio a Cortés, y tomando juramento a los marineros, se perjuraron, y en la pesquisa pareció el hurto; de los cuales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, y a cuatro de ellos los mandó luego azotar, que no aprovecharon ruegos de ningún capitán. Donde lo dejaré, así de los marineros como esto de Aguilar, y nos llamamos sin él nuestro viaje, hasta su tiempo y sazón.

Y diré cómo venían muchos indios en romería [a] aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la punta de Cotoche y de otras partes de tierra de Yucatán, porque según pareció había allí en Cozumel unos ídolos de muy diferentes figuras, y estaban en un adoratorio en que ellos tenían por costumbre en aquella tierra, por aquel tiempo, de sacrificar. Y una mañana estaba lleno un patio, donde estaban los ídolos, de muchos indios e indias quemando resina, que es como nuestro incienso; y como era cosa nueva para nosotros, paramos a mirar en ello con atención. Y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo, con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos ídolos, que ya he dicho otras veces que *papas* los llaman en la Nueva España, y comenzó a predicarles un rato; y Cortés y todos nosotros mirándole en qué paraba aquel negro sermón. Y Cortés preguntó a Melchorejo, que entendía muy bien aquella lengua, qué era aquello que decía aquel indio viejo, y supo que les predicaba cosas malas. Y luego mandó llamar al cacique y a todos los principales, y al mismo *papa*, y como mejor se pudo dársele a entender con aquella nuestra lengua, les dijo que si habían de ser

nuestros hermanos que quisasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos y les hacían errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarían al infierno sus ánimas. Y se les dió a entender otras cosas santas y buenas; y que pusiesen una imagen de Nuestra Señora que les dió, y una cruz, y que siempre serían ayudados y tendrían buenas sementeras, y se salvarían sus ánimas. Y se les dijo otras cosas acerca de nuestra santa fe, bien dichas. Y el papa con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses porque eran buenos, y que no se atrevían ellos hacer otra cosa, y que se los quiásemos nosotros, y veriámos cuánto mal nos iba de ello, porque nos iríamos a perder en la mar. Y luego Cortés mandó que los despedásemos y echásemos a rodar unas gradas abajo, y así se hizo. Y luego mandó traer mucha cal, que había harto en aquel pueblo, e indios albaniles; y se hizo un altar muy limpio donde pusimos la imagen de Nuestra Señora; y mandó a dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez y Alvaro López, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban, la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar; y dijo misa el Padre que se decía Juan Díaz, y el papa y cacique y todos los indios estaban mirando con atención. Llaman en esta isla de Cozumel a los caciques *calachiones*, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dejarlo he aquí, y pasaré adelante y diré cómo nos embarcamos.

## CAPITULO XXVIII

CÓMO CORTÉS REPARTIÓ LOS NAVÍOS Y SEÑALÓ CAPITANES PARA IR EN ELLOS, Y ASIMISMO SE DIÓ LA INSTRUCCIÓN DE LO QUE HABÍAN DE HACER A LOS PILOTOS, Y LAS SEÑALES DE LOS FAROLES DE NOCHE  
Y OTRAS COSAS QUE NOS AVINO

Cortés llevaba la capitana.

Pedro de Alvarado y sus hermanos, un buen navío, que se decía *San Sebastián*.

Alonso Hernández Puerto Carrero, otro.

Francisco de Montejo, otro buen navío.

Cristóbal de Olid, otro.

Diego de Ordaz, otro.

Juan Velázquez de León, otro.

Juan de Escalante, otro.

Francisco de Morla, otro.

Otro, Escobar, "el Paye".

Y el más chico, como bergantín, Ginés Nortes.

Y en cada navío su piloto, y por piloto mayor Antón de Alaminos, y las instrucciones por donde se habían de regir, y lo que habían de hacer, y de noche las señas de los faroles. Y Cortés se despidió de los caciques y *papas* y les encomendó aquella imagen de Nuestra Señora y a la cruz, que la reverenciásemos y tuviesen limpia y enramada, y verían cuánto provecho de ello les venía, y dijeron que así lo harían; y trajéronle cuatro gallinas y dos jarros de miel, y se abrazaron. Y embarcados que fuimos, en ciertos días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años dimos velas, y con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota; y aquel mismo día, a hora de las diez, dan desde una nao grandes voces, y capean y tiraron un tiro, para que todos los navíos que veníamos en conserva lo oyesen. Y como Cortés lo vió y oyó, se paró luego en el bordo de la capitana y vido ir arribando el navío en que venía Juan de Escalante, que se volvía hacia Cozumel. Y dijo Cortés a otras naos que venían allí cerca: "¿Qué es aquello, qué es aquello?" Y un soldado que se decía Luis de Zaragoza le respondió que se anegaba el navío de Escalante, que era donde iba el cazabe; y Cortés dijo: "Plega a Dios no tengamos algún desmán." Y mandó al piloto Alaminos que hiciese señas a todos los navíos que arribasen a Cozumel. Ese mismo día volvíamos al puerto donde salimos y descargamos el cazabe, y hallamos la imagen de Nuestra Señora y la cruz muy limpia y puesto incienso, y de ello nos alegramos. Y luego vino el cacique y *papas* a hablar a Cortés y le preguntaron que a qué volvíamos; y dijo que porque hacía agua un navío y le quería adobar, y que les rogaba que con todas sus canoas ayudasen a los bateles a sacar el pan cazabe, y así lo hicieron. Y estuvimos en adobar el navío cuatro días. Y dejemos de hablar en ello, y diré cómo lo supo el español que estaba en poder de indios, que se decía Aguilar, y lo que más hicimos.

## CAPÍTULO XXIX

CÓMO EL ESPAÑOL QUE ESTABA EN PODER DE INDIOS [QUE] SE LLAMABA JERÓNIMO DE AGUILAR, SUPO CÓMO HABÍAMOS ARRIBADO A COZUMEL, Y SE VINO A NOSOTROS, Y LO QUE MÁS PASÓ

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habíamos vuelto a Cozumel con los navíos, se alegró en gran manera y dió gracias a Dios, y mucha prisa en venirse él y los dos indios que le llevaron las cartas y rescate, a embarcarse en una canoa; y como la pagó bien, en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal prisa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el gollete que hay de una tierra a la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar. Y llegados a la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron a Cortés unos soldados que iban a cazar, porque había en aquella isla puercos de la tierra, que había venido una canoa grande allí, junto del pueblo, y que venía de la punta de Cotoche. Y mandó Cortés a Andrés de Tapia y a otros dos soldados que fuesen a ver qué cosa nueva era venir allí junto a nosotros indios sin temor ninguno, con canoas grandes. Y luego fueron; y desde que los indios que venían en la canoa que traían a Aguilar vieron los españoles, tuvieron temor y queríanse tornar a embarcar y hacer a lo largo con la canoa; y Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos. Y Andrés de Tapia, como los vio que eran indios, porque Aguilar ni más ni menos era que indio, luego envió a decir a Cortés con un español que siete indios de Cozumel son los que allí llegaron en la canoa. Y después que hubieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: "Dios y Santamaría y Sevilla." Y luego le fué [a] abrazar Tapia; y otro soldado, de los que habían ido con Tapia a ver qué cosa era, fué a mucha prisa a demandar albricias a Cortés como era español el que venía en la canoa, de que todos nos alegramos. Y luego se vino Tapia con el español adonde estaba Cortés, y antes que llegasen ciertos soldados preguntaban a Tapia: "¿Qué es del español?", y aunque iba junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquilado

a manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra atada en la cintura, y una manta vieja muy ruin, y un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, y traía atada en la manta un bulto que eran Horas muy viejas. Pues desde que Cortés los vió de aquella manera también picó, como los demás soldados, que preguntó a Tapia que qué era del español, y el español, como le entendió, se puso en cucullas, como hacen los indios, y dijo: "Yo soy." Y luego le mandó dar de vestir, camisa y jubón y zaraguéllas, y caperuza y alpargates, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino [a] aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia; y dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar; y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba o Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echó en aquella tierra; y que los *calachiones* de aquella comarca los repararon entre sí, y que habían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y de ellos se habían muerto de dolencia, y las mujeres, que poco tiempo pasado había, que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler. Y que a él que tenían para sacrificar, y una noche se huyó y se fué [a] aquel cacique con quien estaba; ya no se me acuerda el nombre, que allí le nombró, y que no habían quedado de todos sino él y un Gonzalo Guerrero. Y dijo que le fué a llamar y no quiso venir, y dió muchas gracias a Dios por todo.

Y le dijo Cortés que de él sería bien mirado y gratificado, y le preguntó por la tierra y pueblos. Y Aguilar dijo que, como le tenían por esclavo, que no sabía sino servir de traer leña y agua y en cavar los maizales, que no había salido sino hasta cuatro leguas, que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar y cayó malo de ello; y que ha entendido que hay muchos pueblos. Y luego le preguntó por Gonzalo Guerrero, y dijo que estaba casado y tenía tres hijos, y que tenía labrada la cara y horadadas las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, de Palos, y que los indios le tienen por esforzado; y que había poco más de un año que cuando vinieron a la punta de Cotoche un capitán con tres navíos (parece ser fueron cuando vinimos los de Francisco Her-

náñez de Córdoba) que él fué inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino él allí juntamente con un cacique de un gran pueblo, según he ya dicho en lo de Francisco Hernández de Córdoba. Y después que Cortés lo oyó, dijo: "En verdad que le querría haber a las manos, porque jamás será bueno." Y dejarlo he, y diré cómo los caciques de Cozumel, desde que vieron a Aguilár que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer, y Aguilár les aconsejaba que siempre tuviesen acato y reverencia a la santa imagen de Nuestra Señora y a la cruz, y que conocieran que por ello les venía mucho bien. Y los caciques, por consejo de Aguilár, demandaron una carta de favor a Cortés para que si viniesen [a] aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados y no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dió. Y después de despedidos, con muchos halagos y ofrecimientos, nos hicimos a la vela para el río de Grijalva. Y de esta manera que he dicho se hubo Aguilár, y no de otra, como lo escribe el coronista Gómara, y no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos a nuestra relación.

## CAPITULO XXX

CÓMO NOS TORNAMOS A EMBARCAR Y NOS HICIMOS A LA VELA PARA EL RÍO DE GRIJALVA, Y LO QUE NOS AVINO EN EL VIAJE

En cuatro días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años, habiendo tan buen suceso en llevar buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos, según y de la manera que habíamos venido antes que arribásemos a Cozumel, y con las mismas instrucciones y señas de los faroles para de noche. Y yendo navegando con buen tiempo, revuelve un viento ya que quería anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte con harto riesgo de dar en tierra; y quiso Dios que a medianoche afluó. Y desde que amaneció luego se volvieron a juntar todos los navíos, excepto uno en que iba Juan Velázquez de León; e íbamos nuestro viaje sin saber de él hasta mediodía, de lo cual llevamos pena, creyendo fuese perdido en unos bajos. Y desde que se pasaba el día y no pareció dijo Cortés al piloto Alaminos que no era bueno ir más adelante sin saber de él; y el piloto hizo señas a todos los

navíos que estuviesen al reparo, y pariendo y aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna enseñada, donde no podía salir por serle el viento contrario; y desde que no venía, dijo el piloto a Cortés: "Señor, tenga por cierto que se metió en uno como puerto o bahía que queda atrás y que el viento no le deja salir, porque el piloto que lleva es el que vino con Francisco Hernández y volvió con Grijalva, que se decía Juan Alvarez, *el Manquillo*, y sabe aquel puerto." Y luego fué acordado de volver a buscarle con toda la armada, y en aquella bahía donde había dicho el piloto lo hallamos anclado, de lo que todos hubimos placer. Y estuvimos allí un día, y echamos dos bateles en el agua, y saltó en tierra el piloto y un capitán que se decía Francisco de Lugo, y había por allí unas estancias donde había maizales y hacían sal, y tenían allí unas casas de ídolos, y en ellos muchas figuras y todas las más de mujeres, y eran altas de cuerpo; y se puso nombre aquella tierra la Punta de las Mujeres. Acuérdome que decía Aguilár que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado, que lo trajo su amo, y que cayó malo de traer la carga, y que también estaba no muy lejos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero; y que todos tenían oro, sino que era poco, y que si quería que le guiara y que fuésemos allá. Y Cortés le dijo riendo que no venía él para tan pocas cosas, sino para servir a Dios y al rey.

Y luego mandó Cortés a un capitán que se decía Escobar que fuese en el navío de que era capitán, que era muy velero y demandaba poca agua, hasta Boca de Términos, y mirase muy bien qué tierra era y si era buen puerto para poblar, y si había mucha caza, como le habían informado; y esto que lo mandó fué por consejo del piloto, porque cuando por allí passásemos con todos los navíos no detenernos en entrar en él; y que después de visto que pusiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, o escribiese una carta y la pusiese donde la viésemos de una parte o de otra del puerto para que conociésemos que había entrado dentro, o que aguardase en la mar a la armada, barloventeando después que lo hubiese visto. Y luego Escobar partió y fué a puerto de Términos, que así se llama; e hizo todo lo que le fué mandado, y halló la lebrela que se hubo quedado cuando lo de Grijalva, y estaba gorda y lucía. Y dijo Escobar que cuando la lebrela vió el navío que entraba en el puerto, que estaba halagando con la cola y haciendo otras señas de halagos, y se vino luego a los soldados y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió Escobar del puerto a la